A pesar de todo, lo atravesé

Tomo III

Recomenzar

Capítulo 1

Una nueva historia

Fue Fabiano quien había insistido.

Una chica a la que conocían del bar organizaba una fiesta de Nochevieja, y Fabiano había decidido que irían, por razones que Claudio y Tommaso conocían y que la chica aún no había comprendido. Claudio se había sumado sin pronunciarse. Tommaso había dicho que sí porque decir que no exigía una explicación, y no tenía ninguna.

El apartamento estaba lleno. Música, humo, gente que no conocía y que parecía conocerse entre sí. Una de esas fiestas en las que uno acaba apoyado contra una pared con un vaso, mirando cómo vivían los demás mientras esperaba que pasara la medianoche y cambiara el año.

Fabiano había desaparecido hacia la cocina, donde la chica de la fiesta recogía botellas. Claudio hablaba con alguien. Tommaso

estaba ahí, en algún lugar entre la puerta y la ventana, con su vaso, y no pensaba en nada en particular.

Y estaba esa chica.

Un flechazo. Pero no como las otras veces. Alguien que lo miraba. Habían hablado. Se habían gustado. Había sido así de simple.

Caroline.

* * *

No recuerda lo que se dijeron esa noche. Recuerda la sensación. No la que le arrancaba el suelo, no el vértigo de las otras veces. Esta vez, una calma. Un calor que subía despacio y que decía: es ella, esta vez es ella.

Un flechazo del que estaba seguro. Como cuando uno empuja una puerta y sabe, sin saber por qué, que está en el lugar correcto.

* * *

La primera mañana en su casa, Tommaso había abierto los ojos en una habitación que no conocía. La luz entraba por la ventana, una ventana de verdad, no la claraboya de la habitación de servicio. Oía ruido en la cocina. Agua que corría, una cuchara contra una taza. Caroline preparaba café.

Se había quedado en la cama, escuchando. Ruidos de alguien que vive. Ruidos que no había oído desde hacía mucho tiempo, quizás nunca así, en la calma de un apartamento que olía a café y a mañana.

Ella había vuelto con dos tazas. Se había sentado al borde de la cama. Habían tomado el café sin hablar, o casi. Un silencio que no pesaba nada.

Tommaso se había dicho que podría acostumbrarse a eso.

* * *

Los días siguientes tenían el color de los comienzos. Se encontraban, y todo lo demás no tenía forma.

La habitación de servicio en el sexto piso ya no tenía interés. Pasaba por allí, cogía una prenda, se iba. El apartamento de Caroline, sí. El calor de su cama, sí. Su voz por la mañana, sí. Todo lo demás seguía existiendo en algún lugar afuera, pero el mundo de fuera ya no le concernía.

Una noche, habían ido a un restaurante italiano del barrio. Un lugar pequeño, unas cuantas mesas, un dueño detrás del mostrador. Tommaso había mirado la carta y había pedido en italiano, directamente, sin pensarlo. El dueño había levantado la cabeza. Habían hablado. De dónde venía, cuánto tiempo llevaba viviendo allí, de lo que iba a tomar. Las palabras salían solas, en esa lengua que ya casi no hablaba con nadie, y Tommaso sentía una vieja emoción subirle por dentro, algo que se parecía al alivio.

Caroline lo miraba. No entendía todo, pero escuchaba. El sonido de su voz cuando pasaba del francés al italiano, sus gestos que cambiaban; él parecía más ligero, más libre. Ella había sonreído, y Tommaso había visto esa sonrisa por primera vez. No una sonrisa por complacer. La de una mujer que descubre al otro y le gusta lo que descubre.

Había pedido en su lugar: un plato de pasta cuyo nombre ella no sabía pronunciar y un vino que él había elegido sin dudar.

El dueño les había traído un postre que no habían pedido, y Tommaso había dado las gracias en italiano, y Caroline se había reído.

Habían vuelto a pie, apretados el uno contra el otro.

Otra noche, una crepería. Más sencillo aún. Una mesa junto al cristal, el vaho en el vidrio, el ruido de la calle afuera. Tommaso había pedido una galette completa, Caroline una crêpe dulce. Habían compartido las dos. Ella le había dicho algo que lo había hecho reír, ya no recuerda qué. Recuerda el vaho, su mano posada sobre la mesa, y esa impresión de que nada más importaba.

Tommaso no se cansaba. Nunca había tenido algo así durante tanto tiempo.

* * *

Dormía en su casa. Volvía a la suya. Se iba. Volvía otra vez. La habitación de servicio se vaciaba de su presencia una noche tras otra, como un lugar que se abandona sin haber decidido marcharse.

Y entonces una mañana, Caroline había hecho la pregunta. Simplemente, sin hacer de ello un acontecimiento, como quien propone algo evidente.

— Ven a vivir aquí.

Tommaso había dicho que no.

No un no seco, no un no definitivo. Un no de alguien que tiene miedo. Ya había hecho eso. Instalarse en casa de alguien, creer que esta vez sí, que la vida en pareja comienza, y encontrarse un día con sus cosas en una bolsa. No se lo había dicho así a Caroline. Quizás no se lo había dicho en absoluto. Pero el no estaba ahí, y detrás del no había todo lo que no podía contar, todas las puertas que se habían abierto y cerrado antes de ella.

Caroline no había insistido aquel día.

Unos días. Quizás una semana. Y entonces ella había vuelto a hacer la pregunta, sin hacerla. No con las mismas palabras. Con el